

# Actas del Congreso de Lausana IV

## EL SEGUNDO CONCILIO VATICANO Y EL SENTIDO DE LA HISTORIA

Comunicación de Marcel Clément  
Redactor Jefe de «L'Homme Nouveau»

Véase en el número 69 de esta Revista VERBO, la comunicación de *Jean Madiran* "INTRODUCCIÓN SOBRE EL SENTIDO DE LA HISTORIA".

En el próximo número 71 se publicarán las comunicaciones:

*Raoul Pignat*: SENTIDO MARXISTA Y SENTIDO CRISTIANO DE LA HISTORIA: y

*Jean Ousset*: LA HISTORIA, EDUCADORA DEL SENTIDO CRISTIANO.

## EL SEGUNDO CONCILIO VATICANO EN EL SENTIDO DE LA HISTORIA

Comunicación de

MARCEL CLÉMENT,

*Redactor jefe de "L'Homme Nouveau".*

Cuando empecé a reflexionar para presentaros el Concilio Vaticano II, en vista al sentido, y en sentido cristiano, de la Historia, me di cuánta había sido mi presunción, la cual según acaba de explicarnos Carlos Sacheri, es uno de los dos pecados del mundo moderno. Pero no cayendo en el segundo pecado: la desesperación, he logrado llegar hasta esta mesa.

Me di mi presunción porque ha de hablaros a corazón abierto, sin afeites y casi sin diplomacia... Sabéis, como yo, hasta qué punto algunos llevan este Concilio en su alma como la promesa de dimisión que esperan o desean. Otros lo llevan a modo de pesada carga que no pudo ser evitada y que en obediencia filial a la Iglesia se esfuerzan escrupulosamente en seguirlo sin haber siempre podido meditar a fondo lo que ha sido y debe ser este Concilio según el deseo del Espíritu Santo.

Por ello, al intentar definir al Concilio, Vaticano II, en vista del sentido de la Historia, del Sentido Cristiano de la Historia, es efectivamente intentar algo verdaderamente difícil. Soy consciente de ello. Hay que ser plenamente fiel a los textos del Concilio. Hay que disociarlos, o mejor dicho, hacer disección, finalmente, de todo cuanto envuelve a este Concilio. Como dijo tan apropiadamente el Cardenal Renard, hay que distinguir lo que ha dicho el Concilio y lo que se ha dicho en el Concilio y asimismo lo que se dice del Concilio.

Por esta parte, fácil me resultará la tarea, pues todo lo dicho aquí desde la mañana de ayer ha sido formulado con tal acierto

que sólo tendré que suscribirlo con referencia. En cuanto al verdadero Concilio habrá que inscribirlo en el sentido cristiano de la Historia para ver cómo corresponde a ese sentido cristiano de la Historia. Se habrá de evocar también lo que yo llamo el para-concilio —“*para*” es decir al lado de, ya sabéis... hay un medio de estar al lado, ¿verdad?—. Este para-concilio, en el fondo, corresponde no al sentido cristiano de la Historia, sino al contrasentido de la Historia. Para tratar de hacer —ambiciosa es la palabra—, digamos para intentar, el esbozo de una reflexión germinativa sobre esta materia (quiero decir, llamada a germinar en ustedes más tarde) yo intentaré tratar tres puntos sucesivamente.

¿El primero? Pues bien, intentaré llegar al corazón de lo que creo ser el sentido y el contrasentido de la Historia; lo haré de forma muy general. Después me esforzaré en extraer los dos movimientos que se completan para realizar el sentido cristiano de la Historia. Y en cuanto al tercer punto, a la luz de los dos anteriores, nos permitirá comprobar intentar ver lo que es el sentido y el contrasentido del Concilio.

## I. SENTIDO Y CONTRASENTIDO DE LA HISTORIA.

Veamos pues, intentemos pues, con la ayuda del Espíritu Santo, profundizar, y no sólo en las palabras, sino excavando en nosotros mismos, o mejor, dejándole a Él excavar en nosotros, profundizar lo que es sentido cristiano y el contrasentido —que no es cristiano— de la Historia.

En el informe de introducción que oímos ayer por la mañana nos fue indicado, con perspicacia y fineza muy grandes, tanto la *inteligibilidad* de la Historia como la *dirección* que sigue la Historia. Confieso que esa distinción me hizo meditar, y de ella partiré con vuestro permiso. ¿La significación inteligible de la Historia, en qué consiste? Nos lo han dicho, no hago sino repetirlo: que la significación inteligible de la Historia es el plano de amor de Dios sobre el Hombre. Por consiguiente, la sig-

nificación inteligible proviene de Dios. Sin embargo, la dirección que toma la Historia es del orden de la respuesta que la persona da a Dios. Proviene del hombre. Es, pues, a través de las etapas conocidas, pero fundamentalmente meditándolas bajo esa luz de la creación, de la caída y de la redención, que podemos quizás alcanzar el corazón de este sentido de la Historia, en las dos acepciones de la palabra.

Hay, sí, hay sentido, hay también contrasentido. Yo creo que el contrasentido inicial de la Historia es el pecado original. En el plano del amor de Dios, Adán y Eva, el hombre y la mujer, aparecen como la célula inicial de una posteridad que debía ser y que ha sido la de todo un cuerpo social. Esta célula inicial estaba llamada a vivir en el don interior total, en el despliegue interior total, de él y de ella, de ambos en el Señor. El Señor les había dado el ser y les había propuesto el darse a ellos y que ellos se dieran a Él. A su alianza de esposos había, por así decir, dado como luz suprema y como vida íntima Su propia Alianza. El sentido de la Historia, desde el principio es, pues, esta respuesta de amor del hombre, esta presencia viva de Dios en el alma humana, es esta castidad perfecta de la inteligencia humana, que está iluminada por la divina inteligencia, de la voluntad humana que está fortalecida, habitada por la Voluntad divina, e incluso claro está también de la sensibilidad humana, la cual, a su manera, debe ser impregnada de vida divina.

Eva, frente a la prueba, frente a esa fruta, con la que se hacen muy a menudo inútiles bromas (y que está, sin embargo, bien definida, ya que es el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal), Eva se apodera del fruto que Dios se reservaba y lo guarda para sí. De este fruto dio a Adán y él lo comió. ¡He aquí el contrasentido de la Historia! Tomar el fruto que pertenece a Dios, aquel que Dios no puede dar a nadie, es decir, la *aseidad* (\*). lo que hace que Dios ES por Sí mismo, que Él es el Amor in-

---

(\*) *Nota del traductor.* El Diccionario de la Real Academia Española define la *aseidad* como: "Atributo de Dios, por el cual existe por sí mismo, por necesidad de su propia naturaleza."

creado. El Contrasantido de la Historia consiste en aislarse de Él para tener independencia fuera de Él, independencia que el hombre quiere entonces que sea total. Entiende, pues, no ser ya la respuesta al amor divino, sino iniciativa en Su lugar. "*Eritis sicut dñi*: Seréis como dioses" independientes, aislados de vuestra causa, desligados de vuestra causa, desligados de vuestro fin.

Ahí está el repliegue del hombre sobre sí mismo, y este movimiento de repliegue sobre sí va a marcar toda la humanidad. Porque nuestros primeros padres, célula original, han querido guardar para sí el fruto que Dios se había reservado, hemos visto aparecer en la humanidad una serie de consecuencias. No sólo la pérdida de la amistad divina, no sólo la pérdida de la habitación de la gracia, no sólo una cierta oscuridad de la inteligencia que cesó en el conocimiento de Dios espontáneo, no sólo la herida de la triple concupiscencia, no sólo todo esto que, bien lo sabemos, fue consecuencia de este contrasantido inicial, sino que también en el plano social, en el dominio del orden social natural, al replegarse sobre sí mismos, nuestros primeros padres engendraron el desorden.

Una parte de ellos mismos se sonrojó de la otra y he aquí el hombre dividido en dos. La concupiscencia, desde ese momento, va a oponer a los esposos el uno contra el otro, con un secular rastro de celos, adulterios... Así será que Caín matará a Abel: ya entonces la lucha de clases. Será Cam que se burlará de Noé, y esta rotura entre generaciones la experimentamos en nuestros días por todas partes... O sea que hasta Babel, hasta la confusión final de las lenguas, las consecuencias del repliegue de la humanidad sobre sí misma se traducirán en una disgregación social y, para cada persona, en el sufrimiento y la muerte. El sufrimiento y la muerte en la desesperación después de la borradora del pecado de presunción, como lo recordaba hace un rato mi amigo Carlos Sacheri. ¡La desesperación hasta el final!

En el crepúsculo de Babel, Satanás puede creer que ha triunfado, puede entonar un canto de victoria. Ya no queda más que la cascada de las consecuencias, dolorosas y atroces, de una humanidad replegada sobre sí misma, engendrando por sus pro-

pios repliegues sus presunciones incesantes y sus decepciones también incesantes, su propia destrucción. ¡Hasta el último segundo, cada persona lucha hasta el fin en la esperanza de conseguir por sus propias fuerzas una brizna de absoluto! Y luego renuncia, se endurece en la rebelión mientras le queda un hábito de fuerza; finalmente queda en la desesperación total cuando todo ha terminado...

Había un medio de salvar todo esto, pero tan improbable que hasta Satanás dejaba de pensarlo. Porque este reino del dolor, este imperio de la muerte, este dominio que se había extendido entre el hombre y Dios como abismo infranqueable para el hombre y, al parecer, también para Dios, ese reino no pertenecía ya a Dios. Al emplear malamente su libertad, el hombre lo había engendrado, y mediante este mal uso de su libertad, el hombre había de algún modo determinado desamor, ese dominio en el que Dios no tiene tarea. El hombre había determinado sufrimiento, había determinado muerte, en una palabra, había determinado la privación de todos los bienes recibidos y que la amistad divina le prometía.

La única esperanza, claro está, residía en que Dios, quien en nada tenía parte en el sufrimiento, en nada tenía parte en la muerte, teniendo en cuenta que éstas son precisamente las cosas que mejor pueden rebelar o desesperar al hombre, que Dios llegara en ese exceso de amor, *minimun caritatis*, hasta desposarse con el sufrimiento y con la muerte. Porque era ciertamente ésta la única cosa capaz de reponer incluso de la muerte, incluso del sufrimiento, en el movimiento de retorno, en el movimiento de resurgimiento, en el movimiento del amor hacia una nueva alianza, con Dios, en el movimiento de la eucaristía.

¡Eso es la Redención! Dios no sólo se ha encarnado en el seno de María, sino que se ha desposado con la naturaleza humana, y en esta naturaleza abrazó las consecuencias del pecado: dolor y muerte. Por el don, por la ofrenda en la Cruz, al Padre del Verbo encarnado, abrió a la naturaleza humana el dominio que parecía cerrado para siempre: el sentido de la Historia, la

amistad de Dios, y eso en los peores momentos, en los peores desamparos, en las peores desesperaciones.

Por ende, comprendemos, sólo por este acercamiento, por qué hubo tan sólo un pueblo en el mundo, antes de la era cristiana, que tuviera sentido de la Historia, o dicho de otro modo, la certidumbre en esperanza de que la Historia tenga una meta.

Pues antes de la era cristiana ¿que se contempla? Cierta número de pueblos que llamamos "salvajes" o "primitivos". No tienen cultura. Viven en el nivel de las necesidades y pasiones elementales. Dan vueltas en redondo alrededor de estas pasiones... Sin embargo, providencialmente, el Señor dispone en los siglos precedentes a Su Advenimiento, al pueblo griego y al romano para que germine en ellos lo que será después la infraestructura cultural de la civilización cristiana. Mas los griegos de aquel tiempo (y acaso de todos los tiempos), ¿qué pensaban de la Historia? Pensaban que la Historia no era sino una expresión de la necesidad de un retorno permanente, de un eterno retornar, pues veían siempre las mismas pasiones, las mismas historias en plural, sin principio ni fin..., y por lo demás ¡sin pies ni cabeza. Basta leer a Sófocles y evocar a Edipo!: "¡Desgraciado de mí!", gime encausando a todos los crímenes que cometió y que no son más que el juego de todas las concupiscencias en una humanidad enloquecida que ya no logra recobrar la dirección de sus propios actos.

Mas junto a ese pueblo griego, que lucidamente constata su constante girar como en un círculo de una necesidad ineluctable, está el pueblo hebreo, sabedor de que la Historia tiene una meta. Sabe que habrá un liberador. Claro que imagina a este liberador de un modo temporal, exterior. Pero la promesa le fue dada y él la conserva. Estará librado del contrasentido de la Historia y del repliegue del hombre sobre sí mismo. A través de la ofrenda de Jesucristo en su Cruz se cumple la restauración del sentido de la Historia por el cual el hombre personalmente, la familia como célula viva, las clases sociales, las profesiones, las patrias mismas, pueden ofrecerse y darse a Dios en la Iglesia de Cristo.



## II. LOS DOS MOVIMIENTOS DEL SENTIDO DE LA HISTORIA.

Vamos a evocar aquí un aspecto de la Redención que aclarará directamente lo que luego intentaré decir del Concilio. Se trata de que Jesucristo, después de revelarnos que Su Padre era nuestro Padre, después de darnos su carne y su sangre para que su vida pase a nuestra vida, nos dio también el Santo Sacrificio de la Misa, y ésta es una inmensa palabra. Pues en la Misa hay dos movimientos que son los dos movimientos del sentido de la Historia. El movimiento descendente *Et habitavit in novis*, Dios que desciende hasta su pueblo, Dios presente en la hostia que se reparte a cada miembro de su pueblo. Y el pueblo que va a llevar el Mensaje: "Id y enseñad a todas las Naciones" hasta los últimos confines. Este movimiento descendente será precisamente el movimiento que llevará a los apóstoles hasta el día siguiente de Pentecostés.

Pero en la misa hay también movimiento ascendente: porque no basta anunciar la nueva a los demás, ¡no basta con el *ite missa est* de la misión! Es preciso que en todo momento, al modo de como el corazón envía la sangre y la purifica, al modo de como la vuelve a enviar y la recibe para volver a purificarla, así en la misa se nos reúne por el movimiento ascendente por el cual, en nuestro sacerdocio de seglares unido al sacerdocio sacramental del sacerdote, nos remontemos juntos por el Hijo hacia el Padre en la unidad del Santo Espíritu.

He aquí los dos movimientos que son los movimientos históricos fundamentales, volviendo a entrar en el plano del amor de Dios después de la Redención: son los dos movimientos, hay que subrayarlo, del sentido cristiano de la historia.

Inevitablemente, si estos dos movimientos tienen ya diversa importancia en cada una de las vidas cristianas personales, es lógico que las circunstancias históricas en el ámbito de los pueblos deban producir que el acento se sitúe unas veces en un punto y otras en otro. Inmediatamente después de la Resurrección, después de Pentecostés, lo que más destaca es que el acen-

to se pone en el envío: ¡dos a dos, en todas direcciones, los doce y los setenta y dos parten para predicar al Señor!

¡Oh! Ellos no van a alterar su fe en contacto con el mundo —¡Nunca!

Ellos estarán EN el mundo, pero no serán DEL mundo. Y esa distinción de una Fe que no puede ser mezclada al mundo, mientras que nosotros evidentemente en tanto que personas no podemos dejar de estar en el mundo (aunque sólo sea yendo en automóvil o en avión para venir a Lausanne), sentimos inmediatamente que esta distinción ilumina el movimiento de envío a misión en el mundo. Pues este envío está intensamente ligado al movimiento de adoración, es decir, al volver a subir. Nos reunimos para ofrecernos juntos y en cierto modo nos dispersamos para llevar juntos lo que hemos recibido. Diástole y Sístole espirituales sobrenaturales, que son los dos movimientos del impulso hacia el mundo y de vuelta hacia Dios, y que contribuyen a hacer inteligible y descifrable el sentido de la Historia, es decir, el despliegue del hombre que, incluso a través del dolor, incluso a través de la muerte, se queda en Cristo en unión con Dios y le lleva a los hombres para que vuelvan a Él. En este doble movimiento de los hijos a la Iglesia, desde casi dos mil años, la inteligencia y la voluntad permanecen acogedoras, abiertas, bañadas en la Gracia divina, dependientes, totalmente dependientes del Espíritu divino en María, Madre de la Iglesia y Madre de cada una de nuestras almas.

¿Iba acaso Satanás dejar que se desarrollara esta vuelta al sentido de la historia sin actuar? Sabemos que no. Pero mientras que incluso la Redención, el dolor y la muerte en cierto modo sólo le pertenecían a él; después de la Redención, el sufrimiento cristiano une a Dios, la Muerte vivida por el Cristo Jesús nos entrega a Dios. Tenía, pues, que innovar de su lado para volver a tomar su contrasentido de la Historia, incitar a la humanidad hacia un repliegue en sí misma, decidirla a apoderarse de nuevo del fruto de Dios, o sea a querer ser ella misma independiente. Lo ha hecho así hasta 1789 —el Almirante Auphan nos lo describió admirablemente esta mañana en un fresco inol-

vidable—, lo ha hecho hasta 1789 en el nivel de las pasiones humanas y trabajando en la disociación de los poderes temporales del poder espiritual.

Desde 1789 —y aquí de nuevo es el almirante Auphan quien nos abre una pista magnífica haciéndonos notar que la Reforma había dado un primer paso hacia una especie de individualización y nacionalización de la idea religiosa—, en el crepúsculo del siglo XVIII, vemos brotar esta nueva forma de idolatría renovada de la antigüedad: la ideología, o sea el pulular de los “ismos”, ¡invento absolutamente genial de invisible enemigo de la humanidad! Ya que ¿dónde estriba lo que es una ideología? Aquí pienso yo en el individualismo, en el naturalismo, en el racionalismo, el socialismo, el comunismo, el existencialismo... Una parte de Su Creación: naturaleza, razón, sociedad, individuo, libertad, a la que añade “ismo”! O dicho de otra manera, una parte de la creación a la que se confiere una suerte de infinitud, y como el alma humana está hecha para ser habitada por la Infinitud de Dios, allí encuentra una especie de ilusión de redención, mucho más poderosa en la ideología que en el oro, en la carne, o incluso que en el orgullo, ¡y tanto más que la ideología no se prohíbe la anexión de oro, carne y orgullo! Y está tan bien logrado, que desde 1789 el contrasentido de la Historia es una adoración del hombre por sí mismo bajo capa de una de las partes de la creación, universalizada en un sistema terminado en “ismo”, si me es lícito expresarme así.

Vaticano I, al conferir al Papa fuerza acrecentada con las proclamaciones de la primacía y de la infalibilidad, permitió que la roca aparezca más evidente y más sólida todavía, si posible fuere, para que todos estos modernos ídolos que son las ideologías en “ismo” acaben estrellándose uno tras otro. Con el pontificado de Pío XI, en cierto modo queda hecho el trabajo: las ideologías han sido refutadas, dislocadas una tras otra.

Por tanto, la nueva táctica de Satanás es la encarnación político-social de las ideologías. Las ideologías que ya no tienen de por sí seducción en el plano de la inteligencia son llamadas a encarnarse en estructuras totalitarias para que los hombres

no puedan huir de ellas. Ahí se llegó cuando advino el pontificado de Pío XII. Casi todas las condenaciones habían sido fulminadas. No fue preciso más que renovar las que más evidentemente se imponían.

Mas el segundo Concilio Vaticano empezó en cierto modo con Pío XII. El Santo Pontífice había visto que el mundo se estaba modificando a nueva velocidad. Tenía plena conciencia del desarrollo científico y técnico al que tantas alocuciones consagró. Había subrayado los problemas que iban a nacer inevitablemente de la explosión demográfica, haciendo pasar la población terrestre de menos de mil millones en 1900 a tres mil trescientos millones de habitantes en 1968. Y ante el crecimiento del totalitarismo ateo, como también de esa otra forma menos sensible de totalitarismo constituido por los más poderosos medios de comunicación social cuando en la práctica se halla en manos de grupos de presión, ante esta ascensión de las dos formas de laicismo: el individualista de la contracepción y el socialista del lavado de cerebro, Pío XII antes que nadie presintió que la Iglesia no podía ya continuar viviendo frente a la nueva ofensiva diabólica como lo hacía en tiempos anteriores.

Pío XII presintió que la cristiandad, ese orden completo, ese orden general, en el cual los cristianos debían ocuparse primero de la adoración y después de la misión, porque en Occidente todos eran cristianos o por lo menos cristianizados, y que la misión era siempre marcharse lejos, Pío XII presintió que la cristiandad bajo el influjo del laicismo estaba resquebrajada, agrietada, y que los nuevos medios de vida iban a plantear a los cristianos, a los cristianos católicos, nuevos problemas.

Así fue que de 1945 a 1958 Pío XII esbozó los temas que serán los que desarrollara más profundamente el Concilio convocado por Juan XXIII. Pues al fin y al cabo: ¿Quién provocó las primeras reformas litúrgicas? ¿Quién fue el primero en suavizar la ley del ayuno eucarístico? ¿Quién antes que nadie autorizó en medida reducida al principio el uso de lengua vernácula? ¿Quién dio extraordinario impulso a los trabajos de los liturgistas publicando ese decisivo monumento de su plenitud

cuajado en la encíclica "Mediator Dei"? Fue Pío XII. ¿Quién fue el primero en pedir a los cardenales que disminuyeran la amplitud de su vestimenta y a las religiosas una simplificación de la suya? Fue Pío XII. ¿Quién, por la encíclica "Fidei Dominum", reivindicó una prioridad de urgencia para las iglesias del tercer mundo? Fue Pío XII... Podría multiplicar los ejemplos. No existe casi cuestión en el que Vaticano II haya trabajado que no hubiese sido discretamente, eficazmente empezada a acometer por Pío XII.

Y es, creo yo, que él había visto, y con claridad, que un giro prudente y progresivo debería efectuarse poco a poco. Entrábamos en el mundo en que nos hallamos más y más, y en ese mundo volvía a ser absolutamente necesario acentuar preferentemente el "movimiento descendente", el envío de los apóstoles, sin dejar, evidentemente, de vivir en plenitud el "movimiento ascendente", la ofrenda sacerdotal.

Sí, absolutamente necesario se tornaba no pulverizar más aún la cristiandad: lo preciso es conservar todo lo que existe y permanece, vivificándolo, a la vez que multiplicándolo —y pienso que éste es el sentido de las redes de la acción capilar—, necesario es, pues, multiplicar lo que el General de los jesuitas describía en el Concilio, esa operación que consiste en "plantar cristiandades", pequeñas, mínimas, pero "plantar cristiandades en medio mundo" por doquier, encender braseros, porque viviendo alrededor del Señor y estando profundamente unidos para irradiar alrededor, mediante la amistad que nos une en el interior incluso de esa pequeña cristiandad, de ese pequeño hogar, de esa pequeña red, de esa pequeña célula, realizamos, creo, condiciones óptimas de apostolado en el mundo de hoy.

Para mí, Vaticano II es esto. Vaticano II es acentuar el paso de una cristiandad fragmentaria a cristiandades irradiantes, no para destruir, insisto, las instituciones cristianas existentes, sino, muy al contrario, para organizar lo mejor que quepa dentro de nuestras posibilidades cuanto existe y hacer que surja lo que no existe. Entonces, ya os dáis cuenta, en esta perspectiva de que el Concilio Vaticano II aparece por completo

integrado al Sentido Cristiano de la Historia y se comprende que en la carta leída esta mañana por Jean Ousset, el Cardenal Ottaviani no vacile en apremiarnos a responder a la llamada conciliar y, si no entendí mal, a afirmar que la acción del *Office* respondía por adelantado, desde más de veinte años, a la llamada dirigida a los seglares por los Padres del Vaticano II para que realicen la misión que les corresponde.

### III. SENTIDO Y CONTRASENTIDO DEL CONCILIO.

En esta perspectiva de conjunto, veo que el sentido del Concilio es fiel reflejo del sentido cristiano de la Historia. El mismo Pablo VI lo ha definido en tres palabras que son clarísimas: consciencia, renovación, diálogo.

—¿Consciencia, cuál? La del despliegue, la de la dependencia y, para volver a tomar la última palabra de la conferencia de esta mañana: la de la santidad, que es la íntima unión de cada segundo dependiendo del Espíritu divino, dependiendo del Señor en nosotros. Consciencia, no como acto de nuestra inteligencia subjetiva, sino como acto total de nuestra alma en plenitud animada por el Señor, totalmente entregada al Señor y totalmente fiel, si Él lo permite a pesar de cuanto de humano podamos mezclar, fiel tan totalmente como quepa, cada día, cada hora, cada segundo, en todos los pensamientos, palabras y obras de nuestra vida, fiel al Señor. Ahí nos hallamos en el sentido de la Historia porque estamos en la alianza, en la amistad, o sea en el *fiat*.

Pues si Eva se guardó para sí el fruto, María, que había recibido de Dios el fruto de sus entrañas, María no lo guardó para sí. Nos lo ha dado. Lo dio en la Cruz. Y es porque nosotros nos ofrecemos en el Cristo, porque nos ofrecemos, nosotros los fieles, *in persona Mariae*, asistentes a la misa, unidos al sacerdocio sacramental del sacerdote, que volvemos a colocar a la humanidad entera, en permanencia durante cada misa, en el sentido de la Historia. Mientras que del otro lado, ideologías y

encarnaciones político-sociológicas de esas ideologías, se esfuerzan en mantener a los hombres bajo su férula para impedirles ese sentido y llevarles a realizar a la fuerza el contrasentido de la Historia.

—¡La renovación! Si la consciencia es la consciencia de este despliegue total —como Jesús se desplegó en la Cruz— de este despliegue total en la dependencia de Dios, pues bien, la renovación es esta conversión cotidiana a la cual todos, en cada segundo, somos llamados, para que vuelva a ser, a cada segundo, un poco más el centro de nuestra vida, para no vivir demasiado mecánicamente, para no repetir siempre demasiado lo mismo, y pedir justamente al Espíritu Santo esta regeneración, esa vitalidad de cada segundo. La renovación es también la puesta en práctica prudente, oportuna de los *aggiornamenti* formulados por el Concilio.

—En cuanto al diálogo, puesto que no he de decir que ¡los hay de dos clases! ¡Hay el diálogo de Eva con la serpiente! Creo que su primer error fue el de hablar a alguien que ella no conocía! Cosa que siempre fue peligrosa. Su segundo error fue el de creer lo que ese desconocido le decía por su palabra. Se podría llamar a esto el ejemplo perfecto del diálogo de perdición. Lo cual me parece indicar que el criterio en esta materia es bastante sencillo: hay que evitar dialogar sin desconfianza con la serpiente. Incluso Jesús le dice a Pedro un día “Atrás, Satanás”.

Pero hay otro diálogo, el de María con el Arcángel. Pues si el diálogo de Eva acaba en negación, el diálogo de María acaba por un *fiat* a la voluntad del Señor, y el diálogo de la Samaritana con el Señor termina con esa predicación de la samaritana que se va para decirles a los habitantes de Samaria: “Yo lo he visto, me dijo todo lo que yo había hecho: es Él el Mesías”. Apóstol sin saberlo: ella lo encontró, se va a contarlo, es más fuerte que ella. Su libertad se entrega, tiene el corazón puro: el Señor puede obrar.

Así, pues, el verdadero diálogo es el diálogo de María es el diálogo de la Samaritana: el diálogo de María porque es el

diálogo con el ángel, embajador del Señor. Es también el diálogo de María con Jesús durante toda su vida oculta, y es el diálogo con Dios en nuestra vida interior. También es el diálogo de la Samaritana porque después de dialogar con Jesús y de haber descubierto quien era Él, se va a dialogar con los habitantes de Samaria para decirles "Venid, lo he encontrado, está allí". Y así el verdadero diálogo, el diálogo de salvación, no es el de la perdición. En "Ecclesiam suam", Pablo VI lo dijo en este orden y con precisión: ¡consciencia, renovación, diálogo! El verdadero Concilio es evidente. Es la efusión de la fe viva poniendo acento sobre la necesidad de llevar al mundo de hoy toda la autenticidad y la integridad de esta fe, con toda la prudencia posible, pero también con toda la esperanza posible, con toda la caridad posible.

Desgraciadamente, el otro, la antigua serpiente, sentía lo que este Concilio debía y podía ser. Lo que debía y podía ser según el ruego de Juan XXIII, según la agonía de Juan XXIII —recordad esa agonía un sábado, un domingo y un lunes de Pentecostés— lo que Vaticano II debía y podía ser, era un nuevo Pentecostés. Satanás ante el peligro de este nuevo Pentecostés, Satanás inventor del contrasentido de la Historia, se dedicó a inventar el contrasentido del Concilio. Para ello intentó dar a las tres palabras: consciencia, renovación, diálogo, un sentido completamente inverso, y a romper lo que las une.

—Consciencia: es decir, consciencia impregnada del laicismo y de las ideologías del mundo de hoy para juzgar la Fe. Aquí hay tantos ejemplos que no necesito insistir.

—Renovación: en este punto insistiré más porque resulta más sutil. La renovación conciliar —o mejor dicho, post-conciliar—, según el príncipe de las tinieblas, consiste en una interpretación dialéctica del Concilio. Os doy la técnica. Podréis emplearla. ¡Resulta fácil una vez comprendida!

Por ejemplo, hay la Escritura y hay la tradición. En el Concilio se dio a la liturgia de la Palabra un poco más de importancia, se dio más importancia a la Escritura. Desde ese momento hay quien alza la Escritura *contra* la tradición. Se ha hablado



mucho de pastoral, entonces alzan la "Pastoral" *contra* lo "Doctrinal". La colegialidad es enseñada desde siempre en la Iglesia, pues no es cosa nueva. Es formulada más netamente en el Vaticano II, pero existente ya antes. Pues bien, será alzado el Colegio Episcopal *contra* la Curia romana, o *contra* la Primacía del Papa —según los casos. Serán alzados los episcopados nacionales, en la medida de las posibilidades, *contra* la Curia.

En lo referente al sacerdocio y a los seculares, hay alguna diferencia: en lugar de alzar al secular *contra* el sacerdocio se trata de persuadir a los sacerdotes de que el ideal es la vida secular. Matiz...

Siempre existió clausura en las casas religiosas, se alzarán entonces la apertura al mundo *contra* la clausura de los religiosos, y así se verá un millar de monjas en el Canadá abandonar su congregación en dos años. Se alzarán las lenguas vernáculas en general, y el francés en particular, *contra* el latín. Se alzarán los salmos *contra* el gregoriano; se alzará la participación litúrgica comunitaria *contra* la oración personal; se alzará el apostolado *contra* el espíritu de penitencia; se alzará la acción *contra* la oración... ¡Evidentemente! se alzará a Juan XXIII *contra* Pío XII; ¡era elemental! Se afirmarán valores sexuales *contra* la castidad sacerdotal: ¡esto es importante! Y para completar el conjunto, se revalorizarán los derechos del que yerre y se alzarán *contra* los derechos de la verdad.

He ahí la renovación conciliar según Satán. Tal como lo véis, la técnica es simple: se toma un valor antiguo, por ejemplo el latín, se toma otro nuevo como el francés. Se endereza el segundo *contra* el primero. Se escribe un artículo entonces ironizando el pasado, y vuestros lectores católicos dirán: "Esto es el Concilio". Cosa que con demasiada frecuencia se repite desde 1965. E incluso se llega a llamar eso información religiosa.

—Por fin, parodia del diálogo —también sobre esto pasará sin entretenerme—, la parodia es evidente: consiste en provocar no la misión, sino la dimisión.

Tales son los grandes rasgos del "para-concilio". Los he resumido rápidamente. En realidad, sus orígenes son complejos, ya

lo saben ustedes. Resultan del abandono de la filosofía realista, es decir, de la que considera que este vaso es un vaso y que existe, aunque yo no me acuerde de él... Esta filosofía realista va desde los principios del pensamiento griego y desde Aristóteles hasta Santo Tomás y sus principales comentadores. Pero fue borrada de la mente de un gran número después de Descartes y sobre todo por influencia de Kant. Los "intelectuales" de nuestros días, aislados de la marcha natural de la inteligencia, son filosóficamente idealistas o discípulos de ese sucedáneo de idealismo que es la fenomenología. Rápidamente, antes de acabar, yo quisiera daros una indicación que se me antoja capital para bien entender al para-concilio.

Los protestantes no tienen magisterio, y si me es lícito, diré que ¡todo arranca de esto! Porque no teniendo magisterio se encuentran cada siglo ante un problema. Necesitan interpretar la Escritura escogiendo en el siglo lo que sirve para que la Escritura sea inteligible. Pero podéis notar que el Concilio Vaticano II ha insistido dos veces, si no resuerdo mal, en el hecho de que es a través de la filosofía realista, la de Aristóteles y la de Santo Tomás de Aquino, que había de ser comprendida la Escritura. Por ejemplo, cuando se nos dice que Dios existe, se debe entender no sólo que existe porque pensamos en Él, sino aun cuando no se piense en Él... Ya sabéis lo que quiero decir.

Es más, resulta que la mayoría de los teólogos protestantes, sobre todo desde mediados del siglo XIX, y especialmente los teólogos protestantes alemanes, viviendo en un contexto idealista, han empezado a interpretar la Escritura a través de las implicaciones de una filosofía idealista. O sea de una filosofía... Tuve un profesor de filosofía que era idealista; nos explicaba que cuando suena un aparato de radio y que no hay quien lo escuche, no hay música. Y precisaba que la música provenía de la estructura —nótese que hay alguna verdad en ello sin exagerar—, que la música provenía de la estructura, de nuestro conocimiento. Entonces la estructura de mi conocimiento es la que al tocar yo esta jarra hace que mis dedos sientan algo frío y mis ojos vean algo que yo llamo jarra. Pero para el idealista, al

estar totalmente la jarra en mi conocimiento, en ella hay un pretexto que se llama "naumeno". La única cosa que percibo es el fenómeno. Entonces los fenomenólogos llegan hasta las últimas consecuencias. ¡Aplicáse a Dios! Uno "percibe" a Dios, hay quizás fuera de mí algo, un "en sí", pero en todo caso no es importante. Lo importante es lo que está en nuestro pensamiento. Apliquémoslo. Consideremos, por ejemplo, la virginidad de María. ¿Biológicamente? Quizás —pero lo importante es ¡la lección moral! ¿La Resurrección de Cristo? ¿Físicamente? Quizás —pero lo importante es que su Espíritu esté siempre presente. Hallaréis cosas de este estilo en el nuevo catecismo holandés.

Dicho de otro modo, se hace un Dios interior el conocimiento humano y ahí está la esencia del para-concilio: es en esta forma de integrar en el seno del conocimiento humano un Dios exclusivamente immanente. Creo que, si se hubiera de constituir en sistema todo el error para-conciliar, se percibiría que toda la fuerza es puesta unilateralmente sobre cuanto es humano en Jesús, y que se elimina de Él automáticamente cuanto es divino, es decir: la Ascensión, la Asunción, los ángeles... ¡Hay los ángeles!... Como me decía un catequista después de una conferencia recientemente en el Canadá: "¿Usted cree que no hay que enseñar a los niños que los ángeles son la voz de la conciencia?"... Hasta aquí llegamos. Porque la voz de la conciencia es cosa interior al conocimiento, mientras que un ángel es horrorosamente exterior a la estructura de nuestro conocimiento.

Adherir a este tipo de repliegue sobre sí mismo es lo que algunos quisieran imponernos bajo el nombre de "apertura al mundo". Dicho de otro modo, es lo que se llama: adoptar las filosofías para hacerse entender por los hombres de nuestro tiempo! En este punto las enseñanzas del Concilio son formales. Las palabras de Pablo VI son precisas y sin recurso. No cabe posibilidad de que la verdad nos libere si adoptamos esta viscosa manera de pensar, que es el último modo de obtener el repliegue del hombre sobre sí mismo haciendo de su conciencia un Dios interior.

Acabo. Me he esforzado en mostraros que hay un verdadero Concilio. Pero este Concilio me hace evocar al astro de las noches cuando la noche tiene nubes. Se ve envuelta por un halo tan turbio que no se distinguen ni los contornos. Viendo esto no sólo resulta menos poético, sino que se piensa en que mañana lloverá... Al ver el halo para-conciliar que rodea al astro conciliar se teme que llueva. Y no sólo se teme sino que el *Fíguro* del 4 de abril —es decir anteayer— cita estas palabras del Padre Lubac: “Ya bajo nombres equívocos de Iglesia post-conciliar o de Iglesia Nueva hay otra Iglesia que la de Jesucristo que podría instaurarse, si puede llamarse instauración al fenómeno que es más que nada abandono y desintegración.” Así, un poco en todos los rincones del pensamiento católico, se teme lluvia...

Cardos Sacheri nos invitó antes a la esperanza. Yo quiero terminar con lo mismo. Pero había ya tanta esperaza en lo que nos dijo ayer por la mañana Jean Madiran, en cuanto se dijo ayer noche, en todo lo que ha dicho hoy el Almirante Auphan, que sólo podría repetir. Lo haré a toda velocidad.

No hacen falta muchos hombres para cambiar al mundo. El Señor escogió a doce. Los fieles católicos son muchos más de doce y no sabemos lo que pasa en lo hondo de las almas. Sobre todo, no midamos nuestra esperanza por posibilidades y probabilidades, sino con una cosa única: que los únicos peligros terribles no son los que matan los cuerpos, sino los que matan las almas. En la medida en la que permanecemos dependiendo del Señor y enviados por Él, en la medida en la que nos enraizamos en Él, con Él, por Él, la victoria es segura porque fue ganada hace dos mil años. Esta palabra resuena sin cesar en los oídos cuando tengo, yo también, que todos la tenemos, tentación de desánimo: “No temáis, pequeño rebaño, yo vencí al mundo.” La victoria no ha de ser ganada, ya lo fue. Dios se desposó con el dolor y la muerte: por consiguiente, incluso esto le pertenece. Las únicas cosas que se nos piden son el rezar, el sufrir, el ofrecer y el actuar para que el mayor número de los hombres que sufren y mueren acepten el hacerlo en el Cristo Jesús —¡no al lado, Señor, no al lado.

Pero esto, bien sabemos que con nuestra oración, nuestra adhesión, en oscuridad de Fe, a la gracia divina en nosotros, lo podemos lograr de Él, lograr que hasta quienes no comprenden, hasta nuestros adversarios, sobre todo éstos, lleguen a la luz del Espíritu Santo. ¡Oh! recordad la tormenta: los apóstoles temen. Están espantados. Con una palabra, Jesús lo calma todo. Tengo la impresión de que pronto llegaremos a esto. Otra cosa me vuelve también a la mente —si no me engaño— porque cito de memoria: la barca resultó hallarse súbitamente en el lugar mismo al que se dirigían.

Pues es mi esperanza: avanzamos retrocediendo, y como retrocedamos muy de prisa, creo que avanzamos ¡muy de prisa! Y la esperanza, la esperanza total, el apoyo sobre quien lo salvó todo, el hecho de que, sean cuales sean nuestras tribulaciones, estamos enraizados en su amor, en la certidumbre de su misericordia, es cosa que nunca nos deja. Por esto nos atrevemos a pedirle el fuego de la palabra para tocar a aquellos que a través de nuestras organizaciones queremos alcanzar. Todo esto lo comprendemos tanto mejor que vamos muy pronto no sólo a conmemorarlo, sino que en la Eucaristía recibida por nosotros reviviremos en la inteligencia, reviviremos misteriosamente, en el alma entera, la muerte y resurrección de Dios que se desposó con la naturaleza humana, con el dolor y la muerte, para que a través de todo esto permanezcamos en el sentido de la Historia, ese sentido de la Historia que cantaremos dentro de pocos días en francés o en latín: “Resucitó según dijo” “Resurrexit sicut dixit ¡Alleluya!”.